



MI TEATRO DE LA CATÓLICA

Marco Antonio de la Parra

Dramaturgo

Mi relación con el Teatro de la Católica ha sido intensa, apasionada y tormentosa. Primero como espectador (¿quién no lo ha sido?) en épocas donde la historia de un país que construía su identidad en gestos culturales pasaba fuertemente por el teatro, un teatro de búsqueda, ensayo, experimentación donde se intentaba saldar la herida ante la ausencia de tradición, de espesor, con raíces huidizas y un cruce constante de chirriantes herencias de ondas migratorias que se fusionaban con el paisaje de este fin del mundo nuestro. Después como autor, de manera oblicua, de la mano del delirante proyecto de Eugenio Dittborn de dar amparo a la dramaturgia nacional a solamente cinco años del 11 de septiembre y cuando toda idea de país estaba herida de muerte y el teatro venía, otra vez, vigorosamente a su rescate. Llegué bajo la protección de Gustavo Meza, director, maestro y amigo. Yo no sabía que iba ser dramaturgo, aunque observaba el extraño delirio de dicha que me invadía al imaginar y escribir líneas que se tornaran en gestos, palabras que arremolinaran en acción aspectos ocultos de la condición humana, la simulación de las catástrofes, la elaboración de las desgracias que es cada función de teatro. Ahí vino la triste y perdida historia del más enorme montaje de que he sido objeto y que fue la frustrada presentación de **Lo crudo, lo cocido, lo podrido**. Nunca he escrito con más libertad cuando menos se podía, nunca he sido más desenfadado, nunca he sentido más cercana la posibilidad de crear sin importar la taquilla ni el prestigio ni el sometimiento a censura alguna, ya sea el Mercado o el Estado. El precio fue justo. La obra se descolgó de cartelera días antes del estreno y el resto es historia. Yo supe que ser artista aún tenía que ver con la revelación y por lo tanto con el escándalo. Aprendí más que en ningún otro momento de mi carrera. En su escenario supe de la oscura relación del escritor con el actor, el director, el escenógrafo, el iluminador, el músico, los técnicos, los investigadores. El entusiasmo que habitaba ese Teatro, el de la Católica, no se ha extinguido. Le debo parte de mi identidad como autor. Muchas cosas muy buenas que espero algún día fructifiquen en trabajos tan poderosos como fue esa maravillosa tarde de función única a fines de junio del 78, en que partió mi carrera de escritor profesional.

Lo dije, el resto es historia. Secreta, de las que más me gustan. De las que habitan las grandes empresas y donde aún se puede respirar el aliento de dragón que habita al Teatro de la Católica, que no ha bajado la cabeza en los momentos más duros. Ahora que la dramaturgia lo está pasando mal (como todas las artes ante la crisis de la relación entre ficción y realidad que nos afecta) sigo encontrando refugio, bastión, respaldo. Enseñar, investigar, escribir, aprender. Se sigue pensando un teatro futuro, una imagen de mundo, una parte fundamental del rostro de Chile. Ahí, en la Plaza Ñuñoa, donde el ritual de la butaca y la luz es aún posible y, espero, lo siga siendo. El actor, la voz, la sombra, los pasos en la oscuridad, el estremecimiento ante la revelación que nos aturde y nos cambia para siempre. Un sitio del cual no se pueda salir como se entró. Que hacen tanta falta, que tanto se agradecen.